

Tres estadios, dos filósofos y la Tía Tula

Luis Alfonso Gómez Arciniega*

Resumen: En el artículo se describe el tránsito filosófico-existencial de Tula, protagonista de la novela *La tía Tula* de Miguel de Unamuno, por los tres estadios vitales del filósofo danés Søren Kierkegaard. A lo largo del texto, se muestra que las dudas existenciales que se plantea la protagonista son extensivas para todo el género humano. Además, el texto busca mostrar cómo la narrativa del pensador español está plagada de reflexiones filosóficas y está fuertemente influida por el existencialismo cristiano de Kierkegaard. Debatiéndose entre la fe y la razón, Tula transita por los estadios tomando decisiones que entrañan sufrimiento. En esta novela, se plasman los afanes del ser humano por la perpetuación, inmortalidad y salvación frente al rostro descarnado de la nada.

Palabras clave: existencialismo, Søren Kierkegaard, Miguel de Unamuno, esferas de existencia de Kierkegaard, estadio estético, estadio ético, estadio religioso.

Abstract: The article describes Tula's –protagonist of the novel *Tía Tula* from Miguel de Unamuno– philosophical-existential transit during the three stages of existence coined by the Danish philosopher Søren Kierkegaard. Throughout the text, it is shown that the existential questions posed by the protagonist are extensive to all mankind. Moreover, the text seeks to show how Unamuno's narrative is full of philosophical reflections and strongly influenced by Kierkegaard's Christian existentialism. Torn between faith and reason, Tula transits the different stadiums making decisions that involve suffering. The novel embodies the desires of people for perpetuation, immortality and salvation against the stark face of nothing.

Key Words: Existentialism, Søren Kierkegaard, Miguel de Unamuno, Kierkegaard's Levels of Existence, aesthetic stage, ethical stage, religious stage.

Media vita in morte sumus

* Estudiante de Maestría en Ciencia Política en la Ruprecht-Karls-Universität Heidelberg. Licenciado en Relaciones Internacionales con especialidad en Teoría política por el Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM). También cuenta con estudios en Lengua y Literatura Alemanas por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Sus líneas de investigación actuales son: el existencialismo, el Romanticismo alemán, la propaganda en el Tercer Reich, el debate entre filosofía analítica y continental, el concepto de ideología como *Weltanschauung*, los movimientos de extrema derecha en Europa, la teoría del Estado en Carl Schmitt y el concepto de hermenéutica en Heidegger, Gadamer y Dilthey.

Miguel de Unamuno se sumergió en el estudio de Søren Kierkegaard cuando despuntaba el alba del siglo XX.¹ Quizá con mayor complacencia que otros textos de gran calado, devoró las páginas escritas en danés, al grado de aprender la lengua de la Península de Jutlandia con el sólo fin de leer en su versión original al misterioso asceta escandinavo. Tras adquirir las *Samlede Værker* (Obras completas), entre 1901 y 1906 se dedicó casi exclusivamente a Kierkegaard.² Un estimulante intercambio epistolar con Giovanni Boine lo documenta: «Mi estimado señor y amigo: me dice usted que quiere ser cristiano, pero no lo es. Tal es el estado de alma de casi todos los hombres de corazón. ¿Conoce a Søren Kierkegaard, un pensador danés muerto en 1855? Se lo recomiendo».³ En ese mismo año, Unamuno empezó a escribir *La tía Tula*.⁴

Entremezclado el ensayo filosófico y la narración fantástica, uno de los temas que subyacen en la argumentación de la *nivola*⁵, es el periplo de una mujer por los tres estadios de Kierkegaard.⁶ En este texto, Unamuno evoca el «hambre de inmortalidad».⁷ Detrás del personaje, con mucha seguridad, también Unamuno transitó por la vereda existencialista de rosales llenos de espinas. Hermosa contradicción que resulta más llevadera cuando asido del cristianismo.⁸

¹ Juan Carlos Lago Bornstein, «Unamuno y Kierkegaard: dos espíritus hermanos», *Anales del Seminario de Metafísica de la Universidad Complutense de Madrid*, núm. 21, 1986, p. 60.

² Jan E. Evans, «La metáfora de la llaga en Søren Kierkegaard y Miguel de Unamuno: la importancia del sufrimiento en la existencia auténtica», en *Cuadernos Cátedra Miguel de Unamuno de la Universidad de Salamanca*, vol. 2, núm. 46, 2008, p. 14.

³ Miguel de Unamuno a Giovanni Boine. Salamanca, 18 de enero de 1907, en Unamuno, Miguel, *De la desesperación religiosa moderna* (trad. S. Borzoni), Madrid, Trotta, 2011, p. 100.

⁴ Además de hacer referencia a la obra cuando el término aparezca en cursivas, los nombres «tía Tula», «Tula» y «Gertrudis» se utilizarán indistintamente como sinónimos, a no ser que se especifique otra cosa.

⁵ La palabra *nivola* surge directamente referida a lo pirandelliano de *Niebla*, a la relación entre el autor y sus ficciones, a la realidad histórica de los personajes novelescos. Por otro lado, algunos autores sugieren que Unamuno pudo tener esta epifanía con *Amor y pedagogía*, donde los personajes se convierten en vehículos para la expresión, caricaturizada, de lo que el autor propone con seriedad en otros escritos. Esquematismo, falta de ambiente, ausencia de paisajes descritos son los aspectos más distintivos de las novelas de Unamuno. Fernando Huarte Morton, «Tres vocablos de Unamuno: ‘chibolete’, ‘cocotología’, ‘nivola’», (mimeo.), s.p.i., pp. 173-176.

⁶ Monika Stenstrom ubica a personajes del texto de Unamuno en los distintos estadios de Kierkegaard. Aún cuando esto reviste una importancia notable, el propósito de este escrito es concentrarse en el tránsito de Gertrudis. Aunque otros personajes como Ramiro o Rosa también ocupan estadios, lo milagroso de la tía Tula es que va avanzando en la vida superando los estadios. Véase Monika Stenstrom, «Acercamiento al pensamiento de Unamuno: La tía Tula y la lucha entre fe y razón», en *Revista de Filosofía*, vol. 1, núm. 55, 2007, pp. 35-54. Por otro lado, Evans precisa que Gemma Roberts en un libro llamado *Unamuno, afinidades y coincidencias kierkegaardianas*, realiza el ejercicio de bosquejar la genealogía del personaje de *Niebla* en las coordenadas de los tres estadios de la dialéctica de Kierkegaard. Jan E. Evans, «Unamuno and Kierkegaard: Clarifying the Relationship», en *Revista Hispánica Moderna*, vol. 56, núm. 2, 2003, p. 302. No está demás atender la acotación de Broudy: probablemente no existan individuos que, en el mundo real, transiten a rajatabla por los tres estadios de forma ordenada y evolutiva. Harry S. Broudy, «Kierkegaard's Levels of Existence», en *Philosophy and Phenomenological Research*, vol. 1, núm. 3, 1941, p. 310. Hay que decir, no obstante, que el personaje de Unamuno es un arquetipo y, por ende, lo que acaece en la realidad se le aproxima de forma asintótica. Por último, hay que sostener que precisamente con esta novela, Unamuno ejemplifica la necesidad de traspasar fronteras saltándose la división que Kierkegaard establece *de facto* M. Stenstrom, *art. cit.*, p. 53.

⁷ Miguel de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, Sepan cuantos..., núm. 402, México, Porrúa, 4ª ed., 2003, p. 30.

⁸ El pensamiento religioso de Kierkegaard, Unamuno y Tolstoi se sitúa en el existencialismo cristiano, en el sentido de que ambos plantean el problema de la vida ante la eternidad de una forma personal y conflictiva, pero regidos

Rondan la cabeza de Gertrudis preguntas existenciales: ¿qué función tiene nuestra existencia? En caso de cumplirse la promesa del cristianismo tras la muerte, ¿cómo se llega a ser un buen cristiano? Y, finalmente, ¿qué papel debe desempeñar la mujer para aspirar a la eternidad? Existen varios caminos para encontrarle sentido a la vida. Hay dos que destacan. Por un lado está el cristiano: «Por si no hay otra vida después de ésta, haz de modo que sea una injusticia nuestra aniquilación; de la avaricia de Dios sea la vida una protesta».⁹ Por otro, están quienes piensan que tras su fugaz paso, el ser humano se extingue dramáticamente como supernova hasta la no-conciencia, como el escritor mexicano Octavio Paz: «Cuando me enteré de la gravedad de mi enfermedad me di cuenta que no podía tomar el camino sublime del cristianismo. No creo en la trascendencia. La idea de extinción me tranquilizó. Seré ese vaso de agua que me estoy tomando. Seré materia».¹⁰

No hay que avanzar demasiado en la lectura para caer en cuenta que, efectivamente, Gertrudis se ha decantado por la primera vía: “hay algo” después de la muerte. Pluma en ristre, el filósofo español va modelando la bronceada estatua de una mujer que encarnará el virtuosismo de quien, tomando decisiones a lo largo de tres estadios de Kierkegaard, se pregunta por la existencia y resuelve sus dudas en Dios. En Unamuno, la duda es el factor que activa y refuerza el deseo de fe.¹¹

Las preguntas de Tula son extensivas al género humano porque, como diría Sartre, «elegir ser esto o aquello es afirmar al mismo tiempo el valor del o que elegimos, porque nunca podemos elegir el mal; lo que elegimos es siempre el bien, y nada puede ser bueno para nosotros sin serlo para todos».¹² Somos lo que en cada caso decidimos ser. Por eso la existencia presupone la decisión por la que el hombre toma íntegramente su ser en sus manos. Si el hombre descuida elegir lo que le corresponde en el momento debido, otros elegirán por él y él mismo se habrá perdido.¹³

por la enseñanza de los Evangelios. Según Hamling, la aportación de Unamuno al existencialismo del siglo XX no ha sido reconocida como debería ser. Su persistente ahondar en los temas de la conciencia, de la subconciencia, de la personalidad, de la angustia, de la muerte, de la inmortalidad y de la nada, anteceden los análisis de los reconocidos filósofos como Heidegger, Buber, Jaspers y Sartre. Anna Hamling, “Tolstoi, Unamuno y el existencialismo cristiano”, *Cuadernos Cátedra Miguel de Unamuno de la Universidad de Salamanca*, núm. 38, 2003, p. 92.

⁹ Miguel de Unamuno, “¿Por qué me has abandonado?”, (DE, 5 de junio, 2012:

http://www.poesiacastellana.es/tus_poemas/tus_poemas/1_ver_poemas_por_listado_titulo.php?IDregistre=PPO%20QU%C9%20ME%20HAS%20ABANDONADO?%20%20CXIII&poeta=Unamuno,%20Miguel%20dd.

¹⁰ Jesús Silva-Herzog Márquez, “Sílabas enamoradas”, en Anthony Stanton, ed., *Octavio Paz: entre poética y política*, México, El Colegio de México, 2009, p. 117.

¹¹ A. Hamling, *art. cit.*, p. 95.

¹² Sartre está convencido que nuestra responsabilidad es mucho mayor de lo que podríamos suponer, porque compromete a toda la humanidad: «Si soy obrero y elijo adherirme a un sindicato cristiano antes que ser comunista [...] si con esta adhesión quiero indicar que la resignación es en el fondo la solución que conviene al hombre, [...] no comprometo solamente mi caso: quiero resignarme para todos; mi acto ha comprometido a la humanidad». Jean-Paul Sartre, *El existencialismo es un humanismo* (trad. V. Praci de Fernández), Barcelona, Edhasa, 2009, pp. 34-35.

¹³ Eusebi Colomer, “Kierkegaard”, en Colomer, Eusebi, *El pensamiento alemán de Kant a Heidegger*, tomo III, Barcelona, Herder, 2ª ed., p. 54.

Kierkegaard sintetiza el sendero que el ser humano sigue para *existir auténticamente* en tres etapas: estética, ética y religiosa. La transición entre uno y otro exige un *Sprung* –salto– que entraña un enorme sufrimiento.¹⁴ Después de todo, como decía Unamuno, «al cristianismo hay que definirlo agónicamente».¹⁵ Sufrir es importante porque Dios es un ser que sufre.¹⁶ El sentimiento también está relacionado con el deseo de placer, honor, riqueza o incluso amistad, sensaciones y vínculos que se lanzan a la hoguera en aras de avanzar.¹⁷ Ni que decir tiene que Kierkegaard conocía de esto. Abandonar al amor de su vida causó una vivísima impresión en el filósofo: «Olvida sobre todo al autor de estas líneas. Perdona a un hombre que, por mucho que pudiese, no ha sido capaz de hacer dichosa a una joven».¹⁸

EL ESTETA EN SU LABERINTO

En la etapa estética, según Kierkegaard, se vive a flor de piel, saliendo al encuentro con la vida llevando una red para cazar mariposas de sensaciones, volcándose en los límites de la inmediatez. Hedonismo desbocado ordena la existencia al placer y al goce en un colorido caleidoscopio de posibilidades.¹⁹ El prototipo es un Don Juan que Kierkegaard reinventa en *Diario de un seductor. La tía Tula* también provee un buen ejemplo de alguien atrapado en los barrotes donjuanescos: Ramiro. Salvo una repentina epifanía de preguntas existenciales, poco después de la muerte de Rosa, éste aparece como un ser medroso que nunca sabe tomar decisiones y deja que otros las tomen por él.²⁰ Muerta su esposa y superado el trance del duelo, le invade las entrañas el “demonio del mediodía” y entonces aparece como si fuera un sátiro persiguiendo ninfas. Primero pretende a la propia Gertrudis: «Pero él buscaba acercarse a ella, hasta rozarla. Y alguna vez le tuvo que decir en la mesa: —No me mires así, que los niños ven».²¹ Después, se involucra con una criada:

«[...] a fuerza de paciente astucia logró sorprender miradas de conocimiento íntimo entre Ramiro y la criada de servicio. [...] parecía como que la criada le temiera, como avergonzada o amedrentada en su presencia. [...] Un día logró

¹⁴ H. S. Broudy, *art. cit.*, p. 310.

¹⁵ Miguel de Unamuno, *La agonía del cristianismo*, Austral vol. 312, Madrid, Espasa-Calpe, 5ª ed., 1975, p. 31.

¹⁶ J. E. Evans, “La metáfora de la llaga en Søren Kierkegaard y Miguel de Unamuno: la importancia del sufrimiento en la existencia auténtica”, p. 17.

¹⁷ Kevin Hoffmann, “Suffering and Discourse Ethics in Kierkegaard’s Religious Stage”, en *The Journal of Religion*, vol. 82, núm. 3, 2002, p. 394.

¹⁸ E. Colomer, *op. cit.*, p. 32.

¹⁹ *Ibid.*, p. 61.

²⁰ El monólogo interno del capítulo siete es lo más cerca que está de desentrañar los misterios de la existencia: «El [amor] que le profesara a su mujer y a ella le apegaba veía bien ahora en que ella se le fue [...] como el aire que se respira y al que no se le siente sino en momentos de angustioso ahogo, cuando nos falta». Miguel de Unamuno, *La tía Tula*, Biblioteca Unamuno vol. 93, Madrid, Alianza, 2007, pp. 72-73.

²¹ *Ibid.*, p. 82.

sorprender a la pobre muchacha cuando salía del cuarto de Ramiro, del señorito –porque a éste sí que le llamaba así– toda encendida y jadeante».²²

Es cierto, el esteta explora con deleite las galaxias del erotismo y también en la voluptuosidad es posible encontrar material para el pensamiento y la observación.²³ Con todo, el estado de ánimo que caracteriza esta fase es la desesperación. *Philosophus ridens, philosophus flens*. La existencia estética conduce inevitablemente al fracaso. El esteta es un desgraciado en el fondo. La *joie de vivre* proviene del instante; el ser humano busca, a tientas en la oscuridad, granos de arena que se escurren entre los dedos. Acosa su alma en las noches una sensación de vacío.²⁴

Volviendo a Tula, si el lector se guía *strictu sensu* en la *novela* de Unamuno, queda claro que Gertrudis dista mucho del prototipo de Don Juan que Kierkegaard describe –*Vanitas vanitatum omnia vanitas*–. Empero, aunque se carezca de pruebas que otorguen más detalles sobre un preludeo voluptuoso, una carta confirma la existencia del mismo:

«Mi querido Ricardo: No sabes qué días tan malos estoy pasando desde que murió la pobre Rosa. Estos últimos han sido terribles y no he cesado de pedir a la Virgen Santísima y a su Hijo que me diesen fuerzas para ver claro en mi porvenir. No sabes bien con cuánta pena te lo digo, pero no pueden continuar nuestras relaciones, no puedo casarme. Mi hermana me sigue rogando desde el otro mundo que no abandone a sus hijos y que les haga de madre [...] Siento en el alma causarte esta pena; pero tú, que eres bueno, comprenderás mis deberes y los motivos de mi resolución, y encontrarás otra mujer que no tendrá mis obligaciones sagradas y que te pueda hacer más feliz que yo habría podido hacerte. Adiós, Ricardo, que seas feliz, y hagas felices a otros, y ten por seguro que nunca, nunca te olvidará Gertrudis».²⁵

Esta amarga despedida constata que Gertrudis también vivió. Experimentó el ardor que recorre el pecho cuando se recibe la rosa del amado, escuchó el eterno devenir del arroyo con las luciérnagas en el jardín y vio los amaneceres volverse atardeceres en las alamedas. Sea como fuere, Gertrudis entiende que, para tener un “yo” verdadero, el “yo” tiene que elegir conscientemente sus pasiones duraderas. Como el esteta evita la continuidad, es poco probable que se comprometa a una tarea determinada. Por eso Gertrudis renuncia a Ricardo pasando el sino de los amores contrariados.²⁶ La carta reviste una importancia central porque marca el tránsito al segundo estadio. La suerte está echada. Se volcará en cuerpo y alma a las tareas

²² *Ibid.*, pp. 100-101.

²³ H. S. Broudy, *art. cit.*, p. 296.

²⁴ E. Colomer, *op. cit.*, p. 62.

²⁵ M. de Unamuno, *La tía Tula*, p. 78.

²⁶ H. S. Broudy, *art. cit.*, p. 297.

hogareñas y ya está. Gertrudis decide que la voz que escucha en la alcoba es de Rosa. Siguiendo a Sartre, esta voz podría provenir de un “más allá” hipotético o del oscuro laberinto de la locura. Como Abraham, la tía Tula cree en la vida después de la muerte y, por lo tanto, se convence que es Rosa quien le habla.²⁷

Jesucristo murió enseñándonos el camino de la vida, el que está pavimentado con rosas henchidas de sangre de mártires. Ergo, todos deben seguir el ejemplo: «Hay que darse a los demás para recogerse de ellos [...] cada cual en su oficio, en su vocación civil».²⁸ Etimológicamente, *officium* significa deber, pero en concreto, y eso debe significar siempre en la práctica. Tula lo comprenderá en el estadio ético.

TULA EN ÁULIDE Y LA VOCACIÓN DE MADRE ESPIRITUAL

Ifigenia se convirtió, desde la tragedia de Eurípides, en un referente para la civilización occidental. En términos generales, la tragedia versa sobre cómo los oráculos obligan a Agamenón a sacrificar a su hija –Ifigenia– para que las tropas aqueas, detenidas en Áulide, puedan proseguir su camino hacia Troya. Sujeta a copiosas interpretaciones, acaso valga la pena concentrarse, por esta vez, en una arista de la tragedia: la forma en la que acepta el sacrificio y, *in extremis*, es reemplazada por una cierva. Con bizarría, Ifigenia deja atrás a la niña que suplicaba por su vida y decide aceptar que se corte el delicado hilo del que pende su existencia en aras del respeto filial, del patriotismo y de la cohesión familiar.²⁹ En ella recae todo el peso de la tragedia: es consciente del deber de su padre y de todo lo que está en juego, asume su destino y cubre con grandeza bronceína el sacrificio.

Algo semejante ocurre con la tía Tula: sacrifica su amor por Ricardo en aras de la cohesión familiar y el deber comunitario. Gertrudis no es sustituida por una cierva como Ifigenia, pero su corazón hará brotar de lo profundo de un océano de recuerdos milenarios un sólido roble familiar que resistirá los embates de los más crudos inviernos españoles. Ya no estará ella para comprobarlo, pero los hijos y nietos lo atestiguan: «¡Es la Tía la que tiene que perdonarnos y unirnos y guiarnos a todos!».³⁰ En el estadio ético, Tula está sujeta al imperativo del deber en el que hay siempre un momento de universalidad.

²⁷ Es esta angustia la que Kierkegaard llamaba la angustia de Abraham. La historia es conocida: un ángel ha ordenado a Abraham sacrificar a su hijo; todo anda bien si es verdaderamente un ángel el que ha venido y le ha dicho: «Tú eres Abraham, sacrificarás a tu hijo». Pero cada cual puede preguntarse: ¿es en verdad un ángel, y yo soy en verdad Abraham? ¿Quién me lo prueba? Si oigo voces, ¿qué es lo que me prueba que vienen del cielo y no del infierno, o del subconsciente, o de un estado alterado? ¿Qué le asegura a Tula que es realmente Rosa quien le pidió que no abandonara a los hijos? J. P. Sartre, *op. cit.*, p. 37.

²⁸ M. de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 187.

²⁹ Herbert J. Rose, *Griechische Mythologie. Ein Handbuch* (trad. A. E. Berve-Glauning), Múnich, C.H. Beck, 2ª ed., 2007, pp. 114-116.

³⁰ M. de Unamuno, *La tía Tula*, p. 156.

Esta fase se origina con una elección. Conlleva una estabilidad y una continuidad que la vida estética, como búsqueda incesante de la variedad, excluía de sí misma. El hombre entra en contacto con lo general y renuncia a ser una excepción. Ya no anda, como antes, a la caza de experiencias y sensaciones, sino que ordena su vida al cumplimiento del deber (como Ifigenia aceptando su destino o Tula redactando la carta). La ética es lo general: integración del individuo en lo universal, traducción de la interioridad en términos exteriores. La persona reconoce que hay deberes que cumplir: «Era como una preocupación en la tía la de ir sustrayendo al niño, ya desde su más tierna edad de inconsciencia, de conocer, ni en las más leves y remotas señales, el amor de que había brotado [...] Hay que querer mucho al marido, hacerlo feliz y tener muchos hijos».³¹ Al fin y al cabo, «toda mujer nace madre».³² Esta convicción la hace extensiva a los demás: «Sois unos chiquillos que cuando no os veo estáis jugando a marido y mujer; no es ésta la manera de prepararse a criar hijos, pues el matrimonio se instituyó para casar, dar gracia a los casados y que críen hijos para el cielo».³³

La fuente de tales deberes es Dios aunque es posible que la persona no lo reconozca *prima facie*.³⁴ A decir de Kierkegaard, el prototipo de esta fase es el marido, el hombre que encuentra su satisfacción colmada en la familia y en el trabajo cotidiano.³⁵ Como Abisag la sunamita, que acunó el último sueño de David con sístole maternal, Tula se vuelve madre de la descendencia de Rosa.³⁶ Al hacerlo, no sólo obedece a las normas de Dios, sino también las que imperaban en aquel entonces en la comunidad. Apego a las normas y exaltación de los convencionalismos destacan en este período.³⁷

En el estadio ético se observa la subordinación a la ley moral universal, la vida queda gobernada por normas morales aceptadas por el colectivo.³⁸ Se reivindica el papel de la madre y, sobre todo, de la Virgen María, que dio a luz sin pecado concebido:

«Colgóle al cuello, desde luego, una medalla de la Santísima Virgen; de la Virgen Madre, con su Niño en brazos. [...] ¿Herencia? Se transmite por herencia en una colmena el espíritu de las abejas, la tradición *abejil*, el arte de la melificación y de la fábrica del panal, la *abejidad*, y no se transmite, sin embargo por carne y por jugos de ella. La carnalidad se perpetúa por zánganos y por reinas, y ni los zánganos ni las reinas trabajaron nunca, no supieron ni fabricar panales, ni hacer miel, ni cuidar larvas, y no sabiéndolo, no pudieron transmitir ese saber, con su carne y sus jugos, a sus crías. La tradición del arte de las

³¹ *Ibid.*, p. 58.

³² *Ibid.*, p. 57.

³³ *Ibid.*, pp. 70-71.

³⁴ J. E. Evans, “La metáfora de la llaga en Søren Kierkegaard y Miguel de Unamuno: la importancia del sufrimiento en la existencia auténtica”, p. 18.

³⁵ K. Hoffman, *art. cit.*, p. 394.

³⁶ M. de Unamuno, *La agonía del cristianismo*, p. 54.

³⁷ M. Stenstrom, *art. cit.*, p. 47.

³⁸ *Ibid.*, p. 46.

abejas, de la fábrica del panal y el laboreo de la miel y la cera, es, pues, colateral y no de transmisión de carne, sino de espíritu, y débese a las tías, a las abejas que ni fecundan huevecillos ni los ponen».³⁹

Ciertamente, Tula carece de una voluntad impertérrita. Ya se ha dicho que Unamuno se encuentra a caballo entre la narrativa y el ensayo filosófico. Aunque los personajes sean arquetípicos, no pueden carecer de toda verosimilitud, pues de lo contrario se perderían los canales para transmitir las reflexiones trascendentales. *Ergo*, en el transcurso del relato, se advierten diversos episodios donde Gertrudis expresa un conmovedor deseo de vivir, la invade un relámpago de pulsiones carnales.⁴⁰ Con todo, lo enfrenta con denuedo. Extiende su presencia por la casa como raíces sanguíneas de un árbol que sostiene en las copas más altas a los retoños prestos a despegar hacia la vida, rebosantes de existencia. Cuando la persona reconoce que la tarea ética es llegar a ser lo que Dios le ha creado a ser y, además, acepta que requiere la ayuda de éste para hacer la tarea, se transita a la etapa religiosa.⁴¹

EN LOS LINDES DEL INFIERNO RESPLANDECEN LAS ESTRELLAS DE LA ESPERANZA RELIGIOSA

En la fase anterior, Tula ha reconocido la tarea de cuidar a la prole sacrificando cualquier derrotero individual posible. Peregrina de la espinosa senda de Kierkegaard, a Gertrudis sólo le falta dar el paso decisivo y entrar en el estadio religioso. El pensador danés describe esta categoría como *estar ante Dios*. Como en la migración del estado estético al ético, la metamorfosis va acompañada de sufrimiento. Éste viene cuando la persona reconoce que no controla nada, que su existencia depende de Dios.⁴²

A este respecto, Kierkegaard distingue dos tipos de religiosidad, en estrecha relación con el doble movimiento de la fe, y que denomina religiosidad A y religiosidad B. En la primera, el individuo está en relación con Dios como el fondo absoluto de la existencia, presente en todas partes. En la segunda, éste se concibe como una figura histórica, como un hombre concreto que sufrió pasión y muerte, y el individuo entra en relación con ese “Dios en el tiempo”. La religiosidad de Tula se inscribe en el primer tipo.

Fase menguante de la senda existencial, en el estadio religioso Kierkegaard coloca a un ser humano que renuncia a su deseo y deber ético como prueba de su fe. El hombre religioso cambia desesperación por esperanza y angustia por confianza en la providencia de Dios. Vive de cara a Dios. Ama a Dios y no quiere ofenderlo. Sabe

³⁹ M. de Unamuno, *La tía Tula*, pp. 58 y 149.

⁴⁰ M. Stenstrom, *art. cit.*, p. 45.

⁴¹ J. E. Evans, “La metáfora de la llaga en Søren Kierkegaard y Miguel de Unamuno: la importancia del sufrimiento en la existencia auténtica”, p. 18.

⁴² *Ibid.*, p. 19.

que su deber absoluto no es obedecer a la ley sino obedecer a Dios. Gertrudis sacrifica las voces de Rosa, la estructura familiar y el cuidado de la casa acudiendo al llamado de Dios.

Colmado su anhelo de inmortalidad y sus ansias de ser madre espiritual y cumplir así con su misión de “criar santos”, Tula encuentra el sentido de su existencia hacia el final del camino: «Y es a lo que nos manda Dios a este mundo, a alegrar a los demás». ⁴³ Sabe que, con el estadio religioso, se ha cruzado el Rubicón. Esperará la muerte dejando las raíces rojas del árbol familiar bien entradas en la tierra. Al patíbulo se va solo, «porque los hombres vivimos juntos, pero cada uno se muere solo y la muerte es la suprema soledad». ⁴⁴

Gertrudis experimenta esta sensación agónica. Hacia el ocaso de su vida, el cuerpo se ha vuelto de plomo [...] una pesada carga difícil de soportar. El corazón exige que esta vida no termine con la muerte y la razón demanda pruebas de una vida después de la muerte: «Allá arriba, estando con ellos –soñaba–, sabré cómo es, y si es niño o niña [...], o los dos [...], y lo sabré mejor que aquí, pues desde allí arriba se ve mejor y más limpio lo de aquí abajo». ⁴⁵ En sus estertores la acechan visiones apocalípticas que confirman su convicción de la existencia de algo más allá de la muerte: «Sí; el fuego del Purgatorio, porque en el Infierno no hay fuego [...], el Infierno es de hielo y nada más que de hielo. Se me está quemando la carne [...] Y lo que siento es irme sin ver, sin conocer, al que ha de llegar [...], o a la que ha de llegar [...], o a los que han de llegar [...]». ⁴⁶

En vísperas de la muerte, Tula mira las estrellas desde el Purgatorio: *e quindi uscimmo a riveder le stelle*. ⁴⁷ Finalmente, Gertrudis asciende como la Inmaculada concepción de Velázquez: liviana y diáfana cubierta por una divina transparencia. Acaso también se divisaba la luna traslúcida a los pies y las doce estrellas de fulgor fosforescente formando un óvalo luminoso que irradia un rayo que toca directamente los corazones del linaje sobreviviente.

Después de los delirios –¿visiones irrefutables del plano existencial que aguarda tras la muerte?– se desmaya. Entró luego en una agonía dulce: «se apagó como se apaga una tarde de otoño cuando las últimas razas del sol, filtradas por nubes sangrientas, se derriten en las aguas serenas de un remanso del río en que se reflejan los álamos –sanguíneos su follaje también– que velan a sus orillas». ⁴⁸

Una escena *post mortem* confirma que Tula fue una santa: «Ahora era ya para sus hijos, sus sobrinos, la Tía [...] nombre de invocación, de verdadera invocación religiosa, como el canonizamiento doméstico de una santidad de hogar». ⁴⁹ La

⁴³ M. de Unamuno, *La tía Tula*, p. 132.

⁴⁴ M. de Unamuno, *La agonía del cristianismo*, p. 37.

⁴⁵ M. de Unamuno, *La tía Tula*, p. 140.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 144.

⁴⁷ M. de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, p.31.

⁴⁸ M. de Unamuno, *La tía Tula*, p. 146.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 147.

inmortalidad del alma es algo espiritual y social; la tía Tula había dejado obra y vivirá en ella mientras perdure. Habitará el polvoso terreno de la historia, donde los vientos traen recuerdos de andariegas estirpes que alcanzaron momentos de gloria.

ECOS DE LA CASA DE *LA TÍA TULA* A MANERA DE EPÍLOGO

Salamanca fue la ciudad donde Unamuno concibió *La tía Tula* y donde experimentó sus batallas más encarnizadas, una ciudad que conoció a través de sus múltiples escritos. Fue el lugar que lo vio partir aquella noche de San Silvestre de 1936 con su afligida existencia. Es el Café Novelty en la Plaza Mayor, cuadrilátero irregular, más siempre armónico donde se llevaron a cabo sus ficciones, y las apasionadas tertulias cotidianas. Es la esquina de Libreros y Calderón de la Barca donde seguramente destinó varias tardes a la lectura de Kierkegaard.

Germinada con las semillas de los recuerdos familiares firmemente regadas con la institución del matriarcado vasco, *La tía Tula* es la bitácora de una combativa mujer que transita por los estadios de Kierkegaard tomando decisiones que le provocan un enorme sufrimiento pero que la acercan a Dios y le dan paz en el umbral de la muerte. En su recorrido, aparece siempre rodeada de personas incapaces de tomar decisiones propias y de peregrinar el camino repleto de espinas descrito por Kierkegaard: el siempre blando y pusilánime Ramiro, incapaz de dominar sus instintos lascivos; la no menos confundida e infantil Rosa; el envejecido médico que la pretende; Caridad que tan sólo espera, enferma, ser salvada sin luchar por su vida; Manuela, la criada campirana, mansa y sumisa. Rostros incógnitos, a la usanza de las narrativas del filósofo español, oscilan entre el estadio estético y el ético con más retrocesos que avances, inconstantes, tambaleantes, indecisos; de carne y hueso, después de todo.

Tula es la urna de los afanes del ser humano por la perpetuación, por la inmortalidad, por la salvación frente al rostro descarnado de la nada. Avanzando por los ciclos de Kierkegaard va una mujer de carácter férreo: un día escribe una carta de despedida a su amante; otro, se dedica de lleno a la numerosa prole que dejó su hermana Rosa. Como Ifigenia, enfrenta con personalidad adamantina las consecuencias de su libre elección: del sacrificio del derrotero individual a la muerte de santa pasando por sus esfuerzos de mujer útero.

Consciente de las decisiones que toma, se erige como la madre de todos porque no confía en que éstos podrán elegir caminos sabios por sí mismos. La novela sugiere que el individuo encuentra la verdadera libertad en marcos comunitarios. Podría parecer que para Unamuno, el ser humano *es* en cuanto elige y no queda sospecha de que Tula elige en lo que se convierte. Arroja la soledad del existencialismo de Sartre el cristianismo de Kierkegaard como vía para trascender, pero siempre agónico. A Unamuno no le interesan los visitantes asiduos de iglesias, el catolicismo de la Inquisición y las Cruzadas o los ensotados en perpetua reflexión. Le interesan los seres humanos atribulados que libran batallas internas, como las que él mismo libró

constantemente. Gertrudis se debate entre fe y razón. Se decide por la primera con la duda sempiterna, pero con la voluntad decidida. No busca introducir el dedo en la llaga como Tomás, mucho menos pide a Dios que se manifieste.

Unamuno sabía lo que exigía el género, pero nunca abdicó de la agudeza filosófica que lo caracterizó. La completa comprensión del libro exige que se le dote de un horizonte *hic et nunc*. Consecuentemente, es necesario preguntarse por su vigencia en la época contemporánea. ¿Qué queda en la vacía Plaza de Salamanca cuando Unamuno ya no está y se han ido todos a dormir? ¿Qué escucha el caminante solitario en la noche silente? Busca alejarse de los cánones estilísticos y de la novelística de consumo para diseminar reflexiones trascendentes extensivas a todo el género humano. Queda también sobre la mesa el tema de la libertad: ¿hay que rebelarse frente a las convenciones sociales petrificadas por la costumbre o la verdadera libertad reside en la plena integración del individuo en la comunidad? Por otro lado, está también el tema de la liberación femenina: ¿cómo debe vivir una mujer en el siglo XXI? Finalmente, al lector le quedará rondando la pregunta de si en verdad es necesario el sacrificio del individuo por fines más elevados: ¿tiene sentido abdicar de los placeres del esteta para avanzar al estadio ético? ¿Vale la pena sacrificar la vida plena inserta en una comunidad por la plena realización ante el llamado de Dios?

Escritor excepcional, Unamuno se inventó a sí mismo como personaje novelesco para seguir viviendo en la lectura que de sus libros harán en el futuro otros tráfugas de la muerte. Preguntarse por la existencia es una cuestión por demás compleja, pero jamás baladí. Sobra decir que, en tiempos contemporáneos donde todo es rapidez y volición, donde al reloj le faltan manecillas y números, *La tía Tula* es una invitación para sentarse a pensar sobre el verdadero cometido del paso del ser humano por este plano existencial.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Broudy, Harry S., (1941). “Kierkegaard’s Levels of Existence”, en *Philosophy and Phenomenological Research*, vol. 1, núm. 3, pp. 294-312.
- Colomer, E., “Kierkegaard”, en E. Colomer, *El pensamiento alemán de Kant a Heidegger*, tomo III, Barcelona, Herder, 2ª ed., pp. 27-90.
- Evans, Jan E., (2008). “La metáfora de la llaga en Søren Kierkegaard y Miguel de Unamuno: la importancia del sufrimiento en la existencia auténtica”, en *Cuadernos Cátedra Miguel de Unamuno de la Universidad de Salamanca*, vol. 2, núm. 46, pp. 13-25.
- , (2003). “Unamuno and Kierkegaard: Clarifying the Relationship”, en *Revista Hispánica Moderna*, vol. 56, núm. 2, pp. 297-310.
- Hamling, A., (2003). “Tolstoi, Unamuno y el existencialismo cristiano”, en *Cuadernos Cátedra Miguel de Unamuno de la Universidad de Salamanca*, núm. 38, pp. 13-25.
- Hoffman, K., (2002). “Suffering and Discourse Ethics in Kierkegaard’s Religious Stage”, en *The Journal of Religion*, vol. 82, núm. 3, pp. 393-410.
- Huarte Morton, F., “Tres vocablos de Unamuno: ‘chibolete’, ‘cocotología’, ‘nivola’”, (mimeo.), s.p.i., pp. 173-176.
- Lago Bornstein, J. C., (1986) “Unamuno y Kierkegaard: dos espíritus hermanos”, *Anales del Seminario de Metafísica de la Universidad Complutense de Madrid*, núm. 21.
- Rose, Herbert J., (2007). *Griechische Mythologie. Ein Handbuch* (trad. A. E. Berve-Glauning), Múnich, C.H. Beck, 2a ed.
- Sartre, J.-P., (2009). *El existencialismo es un humanismo* (trad. V. Praci de Fernández), Barcelona, Edhasa.
- Silva-Herzog Márquez, J., (2009). “Sílabas enamoradas”, en A. Stanton (ed.), *Octavio Paz: entre poética y política*, México, El Colegio de México, pp. 295-327.
- Stenstrom, M., (2007). “Acercamiento al pensamiento de Unamuno: La tía Tula y la lucha entre fe y razón”, en *Revista de Filosofía*, vol. 1, núm. 55, pp. 35-54.
- Unamuno, M., (2011). “De la desesperación religiosa moderna” (trad. G. Boine), en Unamuno, Miguel, *De la desesperación religiosa moderna* (trad. S. Borzoni), Madrid, Trotta, pp. 45-60.
- , (2003). *Del sentimiento trágico de la vida*, Colección Sepan cuantos... núm. 402, México, Porrúa, 4ª ed.
- , (1975). *La agonía del cristianismo*, Col. Austral vol. 312, Madrid, Espasa-Calpe, 5ª ed.
- , (2007). *La tía Tula*, Biblioteca Unamuno vol. 93, Madrid, Alianza.
- , (2012). “¿Por qué me has abandonado?”, (5 de junio):
http://www.poesiacastellana.es/tus_poemas/tus_poemas/1_ver_poemas_por_listado_titulo.php?IDregistre=PPO%20QU%20C9%20ME%20HAS%20ABANDONADO?%20%20CXIII&poeta=Unamuno,%20Miguel%20dd).
- Unamuno a Giovanni Boine. Salamanca, 18 de enero de 1907, en M. Unamuno *De la desesperación religiosa moderna* (trad. S. Borzoni), Madrid, Trotta, 2011, pp. 100-102.